

# AUSENCIA

Ya no tienes un sitio  
donde olvidar los sueños de tu pena,  
sólo puedes cantar como otros hombres  
a la usanza y el modo de una tierra.  
Sólo el pan que te comes  
hoy se amasa de espigas y tristeza,  
y se duerme el silencio de las uvas  
en el vino soñado que despierta.  
Tantos modos, tantas formas,  
y siempre la misma idea.  
¿Por qué cantar ilusiones  
si la vida se las lleva?  
Un caballero engolado  
pone el acento a una letra,  
otro con canas de plata  
pinta en el aire una seta,  
y un agudo semicírculo  
trazará sobre la arena  
la manzana del recuerdo  
que un gusano mordisquea.

**María Rosa VICENTE OLIVAS**

# EL "PEÑASCO" DE PLASENCIA

(Cuento)

Por Arsenio MUÑOZ DE LA PEÑA



ERA un tipo muy popular en Plasencia el tal «Peñasco». Nos acercábamos a él los chiquillos y le pedíamos que nos dijese todo cuanto sabía del número siete y él, como un sabio oriental, nos soltaba de un tirón la retahila: «Siete fueron los sabios de Grecia; siete los pecados capitales, siete los Sacramentos; siete los niños de Ecija...».

Igual hacía con los demás números; con los colores; con los milagros de los Santos. Conocía las propiedades de la flor de malva y los remedios para las picaduras de las culebras, todos los refranes del refranero y romances antiguos sobre la Serrana de la Vera, cuentos inventados por él y oraciones milagreras para todas las circunstancias de la vida...

En agradecimiento, los chiquillos, le dábamos un buen trozo de nuestra merienda, alguna pesetilla y nuestras sonrisas más llenas de admiración y embeleso.

Lo que más alelados nos dejaba del tal «Peñasco» era su poder, su gracia sorprendente, para con los pájaros.

Todas las tardes, una bandada inmensa, acompañaba a «Peñasco», le seguía alborozada, compacta y puntual, desde el paseo de San Antón, de Plasencia, hasta su casa, en el Barrio de San Pedro.

Nunca tuvo, jefe de Estado alguno, una escolta tan alegre y numerosa, tan devota y apasionada, como «Peñasco».



Pájaros y hampón se sentían unidos y compenetrados por la misma despreocupación ante las cosas materiales de este mundo

«Peñasco» debía de ser el hombre más feliz de Plasencia. Estaba gordo y mofletudo, colorado y sanote. Iba roto y desastrado, sucio y arrugado, pero nunca le faltaba un clavel reventón en el ojal de su vieja chaqueta sudosa. Como el sol y la sal, como el amor y la mar, no tenía edad definida.

Se tocaba la cabeza con un sombrero marrón, bien marcadas tres abolladuras bohemias en los lados laterales, calzaba unos enormes zapatones gruesos de suela, por cuyas punteras se le salían las uñas de los dedos del pie y llevaba un chaleco de pana, color miel azucarada...

Su mayor y único tesoro, era un reloj grandísimo, de bolsillo, que tenía la virtud de tocar las horas y, siempre que se lo pedíamos, nos lo ponía al oído y escuchábamos las horas, en campanadas finas y festivas, que nos sonaban a música celestial.

Unos decían que «Peñasco» procedía de una acomodada familia de Lérida; otros que había sido seminarista; algunos aseguraban que fue mancebo de botica...

Una tarde «Peñasco» nos llevó a su casa. Era una choza encantadora; encantada. Nos mostró una tortuga sabia, que se dirigía, sin vacilaciones al punto cardinal que él le ordenaba y, un lagarto amaestrado que batía las patas, al olor del humo del cigarro, como si tuviese en ellas unas castañuelas. Y un pistolón del oeste americano, que pugnábamos por manejar y nos permitía hacer simulacros de asaltos a diligencias.

Los únicos enemigos de «Peñasco» eran los guardias municipales. Cuando le veían, por el centro de la ciudad, le echaban con malos modos y otras veces, le enchironaban en la prevención.

Al día siguiente, volvía al portalón del colegio, que era donde tenía su clientela y amigos más leales.

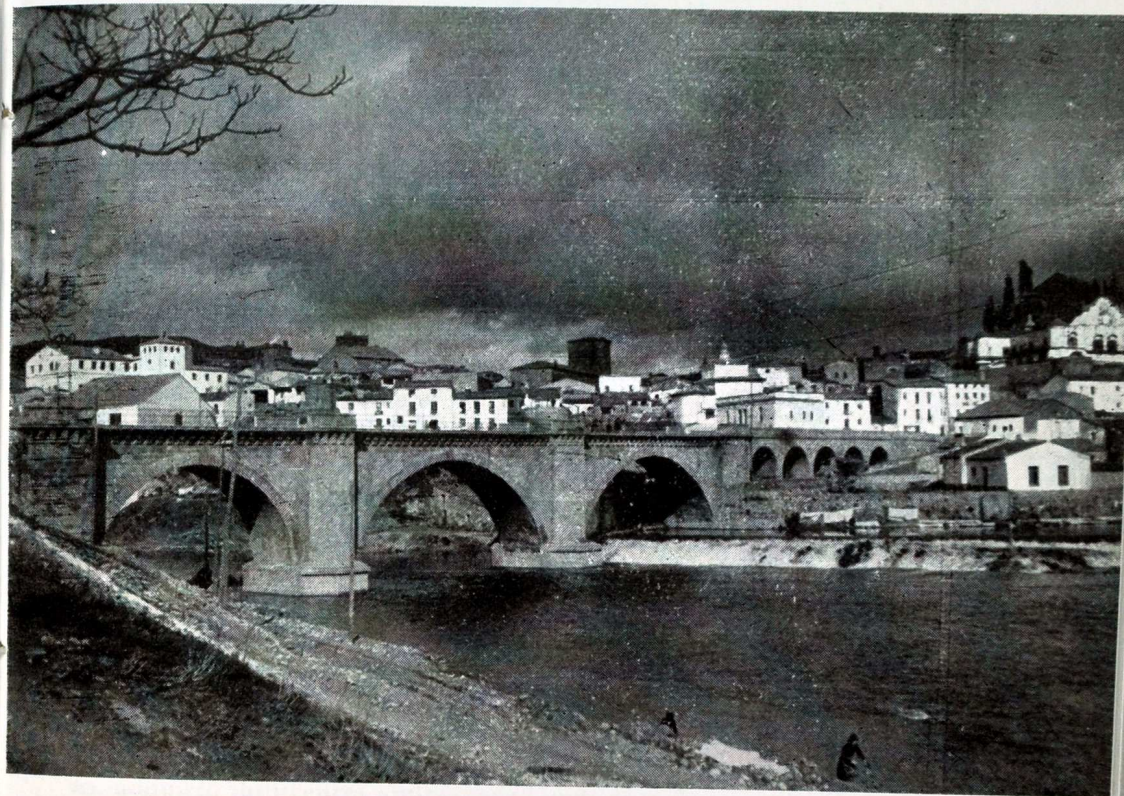
Una mañana, la sorpresa fue mayúscula, pues «Peñasco» apareció, ante nosotros, con una gorra galoneada, igual a la del portero del Ayuntamiento.

—¿Qué es eso, «Peñasco»?— le preguntamos, admirados.

—Pues ya lo veis, una gorra que me encontré anoche, en la Puerta de Talavera.

—Hombre, por Dios, «Peñasco», quítate inmediatamente esa gorra de la cabeza— le urgíamos.

—Has perdido tu personalidad— le motejábamos unos y otros. No hubo manera de lograr nada.



Vista de Plasencia. En primer término el Jerte y Puente Nuevo. Al fondo la catedral y las torres de otros edificios históricos.



Muy ufano e importante, se paseaba por las calles céntricas de Plasencia, quitándose la gorra, a cada momento, para saludar, muy finamente, a todos los conocidos.

A nosotros, ya no nos permitía las antiguas confianzas. La minúscula nota de autoridad que representaba para él, la gorra galoneada, se iba adentrando en su cabeza, le iba penetrando en el cerebro, le iba modificando los sesos, le iba transformando total e íntimamente.

Un día le sorprendimos, quitándosela, muy ceremoniosamente, muy servilmente, mientras abría la puerta de un lujoso automóvil, que deseaba aparcar en un lateral de la plaza.

Otro día le vimos, trayendo con sus hamponas manos, dos maletas de un viajante que acababa de llegar a la estación del ferrocarril y no había encontrado un taxi que le transportase hasta el hotel.

Todo esto nos resultaba incomprensible, pero era la auténtica realidad.

La gorra galoneada, la maldita gorra galoneada, había cambiado la mentalidad de «Peñasco», el cual, eso sí, materialmente, iba progresando en gran medida.

Fiados en su gorra galoneada, los viajeros, le creían mozo oficial de la estación y le confiaban sus equipajes. Y los dueños de automóviles, le entregaban la vigilancia de sus coches, con todo lo cual, obtenía muy buenas propinas. Pronto se compró un traje nuevo, adquirió influyentes amistades y, con muy buenas recomendaciones, logró el puesto de guarda de los jardines de San Antón, con paga del Ayuntamiento. Y, como allí, a los muchachos nos tenía a raya, los chiquillos, sus amigos, le tomamos verdadera antipatía.

Y, a pesar de que ya podía comprar pan en abundancia, para echar migas a sus íntimos, los pájaros, éstos huían de él, por causa de su gorra galoneada y con sus aceradas alas, tijereteando de pena el alma de «Peñasco» y escapaban de él cada mañana y cada tarde.

El día primero de junio tomó, oficialmente, con todos los protocolos habidos y por haber, de su cargo. En el nombramiento de «Peñasco», debió de ejercer, también, mucha influencia, la gorra, galoneada, pues el Ayuntamiento, se encontró, desde el primer instante, con un funcionario completo por fuera y por dentro, cosa que no aportó ningún otro solicitante.

Por aquella época, íbamos mucho los chicos al Parque de San Antón.

«Peñasco», una vez adquirido su tranquilo segurito de por vida,



nos quería seducir, de nuevo, con sus cuentos y decires, pero nosotros, no le hacíamos ya ni pizca de caso.

Un día, por tocar, ligeramente, un alambre, le puso cincuenta pesetas de multa a Juanito Romero. Y se excusaba, encima:

—No tengo más remedio que cumplir con mi deber. Me juego «el coci»—se trataba de explicar.

Nosotros le tomábamos el pelo, todo cuanto podíamos:

—A sus órdenes, mi comandante.

—Esperas, este año, algún ascenso, «Peñasco»?

—¡Cuidado, «Peñasco» que Rafael Durán está soplando los pétalos de una flor!

El transigía y pasaba por todas estas cuchufletas, con tal de ganarse, nuevamente nuestra amistad. Pero no conseguía más que un mayor desprecio.

Un domingo, después de oír misa mayor, fui, con mi padre, al paseo de San Antón.

Desde muy antiguo, mi padre, convidaba a «Peñasco», con cigarrillos, cuando lo encontraba en cualquier lugar y él, como siempre, se acercó, muy afectuosamente y saludó, con la mejor de sus sonrisas:

—Muy buenos días, don Emilio...

—Hombre, «Peñasco», cualquiera te conoce... Yo creo que ni los pájaros. ¿Qué tal te va en tu nuevo cargo?

—Pchs...

—¿Qué es eso? No pareces muy entusiasmado.

—Desde luego que no. ¿Para qué le voy a engañar?

—Lo comprendo «Peñasco». Has perdido tu libertad, que es lo más grande que hay en el mundo y de la que gozabas antes, totalmente...

—He perdido la libertad y otras cosas, don Emilio.

—¿Cuáles?

—Los chiquillos y, sobre todo, los pájaros. Ya no me acompañan hasta mi casa, como antes.

—Claro, con esa gorra y esa vara que llevas siempre en las manos, tienen que huirte, a la fuerza.

—Es que el llenar la gorra y la vara, lo exige el empleo. No hay más remedio...

—Lo comprendo «Peñasco», pero lo que yo no acabo de entender es cómo aceptaste ese cargo, tú, el amo de todos los pájaros de Plasencia.

—Mire usted, es que cuando los municipales me vieron con la

gorra galoneada sobre la cabeza, me perseguían para que me la quitase y yo, una vez con ella encima, la tomé tal apego, me veía tan importante ante la gente, me daba tanta fuerza con los viajeros, que acepté este cargo; únicamente, por conservarla, con permiso oficial del Ayuntamiento.

—Pero si tú, nunca, la habías tenido.

—Sí, pero una vez que me la probé y me la puse y supe lo que era eso...

—Desde luego, lo malo de estas cosas, es que, una vez probadas, ya resulta muy difícil el liberarse de ellas. Ahora que pájaros y dineros, no están nunca en la misma jaula. Sería demasiado. En fin, tú verás lo que haces.

—Lo acabo de decidir, don Emilio, pues yo no puedo vivir así...

—Piénsalo bien «Peñasco», que es cosa de pensarlo muy despaciosamente.

Ya está pensado, don Emilio. ¡Fuera gorra! Yo vuelvo a ser el amo de los pájaros de Plasencia.

Y los pájaros, todos, con mil crías nuevas, volvieron a seguir a «Peñasco», sin gorra galoneada, hasta su casa, haciéndole un alado cortejo, cantándole un himno triunfal, por haber vuelto a ser el que siempre fue, el popular «Peñasco».

